

San José, Costa Rica

15 Junio de 1911

# RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA  
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Año I

Núm. II

## SOCIOLOGÍA

### El Catolicismo y el Problema social

Cuando el rumor de las reivindicaciones proletarias, como presagio de inminente conmoción revolucionaria, fué aumentando hasta atemorizar á los privilegiados y á los que á la sombra del privilegio viven dedicados á su conservación y defensa, surgieron apasionadas discusiones entre los dos bandos que desde remotos tiempos constituyen el dualismo social. Con tal motivo se levantó la voz de León XIII poniendo el peso de su tradicional autoridad en la contienda para que todos, ricos y pobres, con espíritu de concordia, depusieran como una ofrenda sus reclamaciones, sus esperanzas, sus resistencias y aun sus excusas al pie de la cruz de Cristo.

Tengo por cierto, aunque no puedo asegurarlo, que nunca hasta entonces había producido la Iglesia Católica cosa de tanto seso en materia sociológica, y me parece que tardará en ser sobrepujada; á lo menos, según las señas, no lo será en el actual Pontificado.

Decir que las enseñanzas papales fueron aceptadas por los privilegiados sería desconocer la intención que ocultaba el coro de alabanzas que á la encíclica *Rerum novarum*, denominada también la encíclica del socialismo, dedicó la burguesía universal: gobernantes, políticos de todos colores, la prensa, los economistas, todos cuantos chupan ó aspiran á chupar de la tumba inmensa de la producción, ali-

mentada con el sudor y con la sangre de los trabajadores asalariados, estrujados por la acesión, alabaron aquella sabiduría que aplicaba al mal social presente las doctrinas de amor y de caridad de una religión fracasada por veinte siglos de ineficacia, reservándose no hacer de ella caso alguno en la práctica, y considerándola como un nuevo recurso para aplacar las iras de los desheredados, atenuar ó desviar su actividad y aplazar indefinidamente sus reivindicaciones revolucionarias.

Los trabajadores conscientes, los incapaces de abandonar su puesto en la lucha de clases, los que no proponen la economía—que es ciencia y justicia—á la política—que es falacia y ambición,—los que conservaban el depósito sagrado de las enseñanzas y de las aspiraciones de La Internacional, aquellos que aun se sienten con energías para no supeditarse á las viles exigencias de una conveniencia egoísta y que habían levantado el vuelo de la inteligencia hasta dar impulso, y no sé si me atreva á atribuirles la creación de la sociología moderna, continuaron su obra, desoyendo las lamentaciones de los tradicionalistas, las argucias de los estacionarios y las persecuciones de los gobiernos y formando la verdadera, la indestructible avanzada del progreso.

Y no podía ser de otro modo: bien conocían propietarios y capitalistas;

explotadores el texto evangélico que asegura que nada les sirve atesorar riquezas si pierden su alma, y que antes entrará un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos; pero ellos á las riquezas se atenían y siguen ateniéndose, mucho más al ver que el Papa, á las intransigencias de Cristo, oponía los acomodamientos del fraile Tomás de Aquino, diciendo: «*A nadie se manda socorrer á otros con lo que para sí necesita, ni siquiera dar á otros lo que para el debido decoro de su propia persona ha menester, pues nadie está obligado á vivir de un modo que á su estado no convenga.*»

Por su parte, los trabajadores, á lo menos los que practican la solidaridad obrera y no rezan ni votan, hartos ya de consuelos caritativos y de esperanzas celestiales, lo mismo que de programas políticos, se oponían y siguen oponiéndose á que la riqueza social—natural ó producida—sea detentada y exclusivamente disfrutada por un corto número de holgazanes desvergonzados y, por tanto, el documento papal les dejó indiferentes.

Han pasado algunos años, y si cierto y reconocido era que únicamente por causas y afectos naturales y humanos se desarrolla y evoluciona la humanidad, reconocido y comprobado ha quedado una vez más durante el tiempo transcurrido; y la intervención pontificia, más que una guía y una dirección nueva, como pretendía ser, resultó una manifestación de impotencia; porque lo positivo es que la burguesía en general no ha pensado ni pensará nunca en crear tesoros en el cielo, «donde, según el evangelista Mateo, ni polilla ni orín corrompe, ni ladrones minan ni hurtan»; ni los trabajadores, salvo los despreciables y excepcionales grupos de *amarillos*, han entrado en esos gremios, círculos y patronatos obreros que León XIII recomendaba, y en vez de aquella paz social fundada sobre la dominación y la humillante conformidad, — utopía infeliz é irrealizable, porque no puede haber paz donde la injusticia impere, — han progresado los *truts* á la ameri-

cana, poderosas sociedades de explotación capitalista, que han hecho su aparición en la Europa católica y en la protestante también, y correlativamente se ha avivado la energía de esa infeliz clase obrera que tanto sufre y padece.

Está visto: lo que León XIII llamaba la economía cristiana, podía dar más de sí; lo impide una grave contradicción doctrinal. Veámosla:

«Siempre tendréis pobres con vosotros». (Mateo, xxvi, 11.)

*Siempre*, es decir, hoy, mañana, hasta la consumación de los siglos.

*Pobre*, ó sea el que carece de lo necesario, el que no puede vivir en la plenitud de su ser; porque lo necesario no es lo superfluo, ni lo accidental, ni lo condicional, sino lo imprescindible.

Y esa pobreza se debe á la suprema injusticia de que *siempre también habrá ricos*, ó quien tenga de sobra hasta derrochar inconsideradamente lo que los pobres necesitan.

«Donde estuviere vuestro tesoro allí estará vuestro corazón.» (Mateo, vi, 21).

Así juzga el Evangelio el corazón humano, y en vez de reconocer la necesidad de resolver en una armonía mundial el antagonismo de los intereses, declaró el Papa, como si fuera un Leroy-Beaulieu cualquiera, que «*en la sociedad civil no pueden todos ser iguales, los altos y los bajos, lo cual es claramente conveniente á la utilidad, así de los particulares como de la comunidad, porque necesita para su gobierno la vida común de facultades diversas y oficios diversos; y lo que á ejercitar esos oficios diversos principálsimamente mueve á los hombres, es la diversidad de fortuna de cada uno.*»

Después de esas dos citas que quedan subrayadas, expresión de la sabiduría pontificia, los preceptos evangélicos de amor y caridad resultan deficientes: pues eso, por no extremar la calificación, es el cristianismo y el catolicismo ante el problema social, deficiente, y sabido es que lo deficiente, lo que no llega, no sirve, es inútil.

Una c  
saria: la  
ta y es  
revoluci

Cuan  
fines lev  
helo cua  
sensació  
que saci  
cuando  
mios, tr  
cifras s  
constitu

En el  
veracida

¡Fuer

Lueg

que la l

¿Pero

¿No l

predica

Una

mi entu

mente d

encabez

pre, por

rapetad

sin com

dores.

ventos,

hacia ad

te que a

tiros de

Arru

la pági

tantes

teza co

estruja

le faltan

premio

Sin e

la carg

do pas

las nue

Ayer

que he

Una cosa hay absolutamente necesaria: la ciencia; otra, la complementaria y es perfectamente suficiente: la revolución.

Asóciense los trabajadores, estudien y obren, y así alcanzarán la gloria de su emancipación.

ANSELMO LORENZO

## Conversemos

### A los obreros

Cuando me dicen que os reunís con fines levantados á impulsos de un anhelo cualquiera, experimento aquella sensación de inquieta complacencia que sacude á los jugadores de lotería cuando al revisar la lista de los premios, tropiezan con el número cuyas cifras son casi iguales á las del que constituye su ilusión de riqueza.

En el primer momento, dudo de la veracidad de la noticia.

¡Fuera cosa tan rara!

Luego interrogo persistentemente al que la llevó á mis oídos.

¿Pero es cierto lo que dices?

¿No ha sido infecunda, entonces, la predicación de tantos años?

Una vez enterado, pliega sus alas mi entusiasmo. No, se trataba simplemente de un movimiento oportunista, encabezado por los enemigos de siempre, por los parásitos sociales que parapeados tras del privilegio, chupan sin compasión la savia de los trabajadores. Mirando en peligro sus preventos, empujan en son de amenaza hacia adelante la gran masa inconsciente que ampara con su imbecilidad los tiros de su cálculo.

Arrugo entonces en mi pensamiento la página de esa ilusión de unos instantes, con la misma desalentada tristeza con que el creyente en loterías estruja el billete al convencerse de que le faltaron tres unidades para sacar un premio gordo.

Sin embargo, como aquél, vuelvo á la carga en cuanto el primer deocupado pasa pregonando ante mis oídos las nuevas de vuestra asociación.

Ayer caí de nuevo en el engaño en que he de caer cien veces más, mien-

tras no cure del vicio de las idealidades. Es decir, mientras el sueño definitivo que á ratos me es deseable, no venga á cerrar los párpados de mi inteligencia.

Los obreros se reúnen para protestar contra el Gobierno.

¿Por qué? ¿Por los ataques fríos y alevos dirigidos contra la enseñanza del país?

¿Por qué? ¿Por los afanes de militarización que hoy ocupa sus actividades y malgasta los tesoros de la comunidad?

¡Al fin, al fin levantan gallardamente su cabeza los hijos del trabajo!

No, se me dijo entonces. El objeto de la protesta es el Contrato de Construcciones que va á ser discutido en el Congreso.

¿Pero es eso verdad?

¿Saben acaso los obreros la participación que á ellos toca en el cúmulo de intereses que ese contrato viene á lesionar?

Me basta con el nombre de los agitadores vergonzantes. No hay nada de buena fe en sus proceder.

El patronato constructor que nunca supo desprender de sus ganancias fabulosas nada con qué aliviar la suerte de los trabajadores, es quien hoy se sirve de ellos para impedir la competencia á sus pingües negociados. El mismo poder privilegiado, dueño siempre de los contratos oficiales; aquel cuyas obras deleznales, exhibidas con impía rudeza por el terremoto recién pasado, fueron siempre inaccesibles al modesto patrimonio de los pobres; aquel que corrompió al obrero haciéndolo trabajar con mala fe en construcciones de rosquete!

¿Y cuáles son los motivos que arrojan al obrero en son de golosina para estimularlo á la protesta?

Si fuera el privilegio otorgado á la Compañía inglesa para la excención de derechos aduaneros—mandado retirar ya en acatamiento á fuertes compromisos anteriores—no habría falta de lógica en la farsa. Al fin y al cabo, contra el privilegio, cualquiera que sea, corresponde ir á los trabajadores de la tierra.

Si se dijera que hay peligro evidente para los necesitados, en que la resolución de sus solicitudes quede á la merced absoluta del Gobierno, se comprendería el interés que á esos necesitados pudiera despertarles el temor de ser mañana objeto de la mala voluntad administrativa en contra de su probable bienestar.

Pero no. Se recurre en este caso, como en todos aquellos en que ha sido preciso mover las multitudes en actitud hostil contra las cosas, á los liris-mos patrióticos—irracionalmente vistosos—con que se labran candidaturas ó se mantienen situaciones indecorosas en los pueblos á despecho de las aspiraciones generales.

Se recurre al pobre argumento del arribo probable de trabajadores extranjeros, á los cuales se considera desde luego como terribles adversarios que es preciso repeler.

Hermanos, yo os declaro con la sinceridad que ya me conocéis, que os pervierten hondamente quienes de tal modo os previenen contra los hombres de vuestra misma infortunada condición que en otros campos distantes de este

vuestro, llevan el mismo yugo esclavizante que vuestras frentes mantiene inclinadas hacia el surco.

Grande es la tierra; y para todos los hombres que la pueblan ha de haber pan y abrigo en sus dominios.

Sólo hay ya dos razas definidas en el mundo, que se fundirán también en una sola cual ocurrió con las demás de la leyenda antigua: la de los explotadores y la de los explotados.

Para el trabajador consciente y digno, sólo son extranjeros los acaparadores de la riqueza que amasó la fuerza universal asalariada. La defensa es contra ellos. Los obreros de todos los países son los hermanos de esa gran confederación mundial del trabajo cuyo triunfo, quizás no muy lejano, borrará la última frontera real que divide á los hombres.

Con obtener que en el contrato respectivo se determine que en las obras emprendidas debe emplearse los dos tercios de operarios del país, queda salvada la dificultad que os agrandan vuestros instigadores de este rato que, pasada la emergencia que hoy los mueve, no volverán á acordarse más de la eficacia de vuestro contingente.

Los que vengan de fuera á colaborar con vosotros, os enseñarán acaso muchas cosas y serán sin duda un nuevo lazo que os unirá á todos en la marcha triunfante del proletariado sobre los campos incendiados del privilegio irracional.

He de seguir hablándoos del asunto.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

### La limosna

Acabo de cometer una mala acción: he dado limosna. Al hacerlo, he disfrutado del placer vergonzoso de humillar á un semejante; he convenido en el pacto odioso con que asegura el fuerte su poder y reconoce el débil su flaqueza.

He marcado con mi sello la antigua iniquidad; he contribuido á que este hombre tenga solo una mitad de alma.

Vendí fraternidad á un hermano empleando monedas falsas; me humillé humillándole, porque la limosna envilece por igual á quien la da y á quien la recibe.—ANATOLE FRANCE.

Las p  
de la de  
el Cong  
por prev  
cenciado  
gunos d

Esa p  
gores q  
"monu  
decen la  
za de r  
rarios d  
hermos  
bajador

Toma  
llo, en r  
de noso  
del raci

¡La a  
El ho  
no es l  
hombre  
ética de  
verdug  
su dura

La fu  
función  
autorid  
rasgos  
alimañ

Hom  
su conc  
jantes,  
autorid  
de cora  
to. Un  
una le  
ellos p  
timient  
cálculo

## Psicología de la Autoridad

«Voces destempladas que de vez en cuando se dejan oír, dicen que la administración de justicia en Costa Rica ha degenerado, y que es necesaria una depuración radical de los elementos que la integran. No! por fortuna para los que amamos de veras esta tierra. No ha degenerado. Está más sana y vigorosa que nunca. *Lo que sí ha degenerado, triste es confesarlo, es el respeto que antes se tenía á la autoridad: resultante, sin duda, de las ideas de anarquismo nivelador que florecen en el ambiente.*»

ALBERTO BRENES CORDOBA  
Magistrado de la Corte  
Suprema de Justicia.

Las palabras anteriores son tomadas de la defensa leída por su autor ante el Congreso Nacional, en la acusación por prevaricato formulada por el Licenciado don Aníbal Santos contra algunos de los Magistrados de la Corte.

Esa pieza sin originalidad y sin vigor que un diario comercial llama «monumento jurídico en que resplandecen la serenidad del juicio y la alteza de miras, diluídas en moldes literarios de gusto ático» viene á dejar un hermoso trofeo en las manos de los trabajadores del ideal.

Tomamos el florón con noble orgullo, en nombre de todos los que antes de nosotros lidiaron aquí las campañas del raciocinio.

¡La autoridad marcha en derrota!

El hombre, en cuanto autoridad, ya no es hombre; queda por debajo del hombre. Su ética no tiene entrañas, es ética de bestias. Su oficio es oficio de verdugos. El dolor ajeno no roza jamás su dura epidermis. Su placer es el mal.

La función hace el órgano. Y así la función autoritaria ha creado el órgano autoridad cuya psicología carece de rasgos humanos y se confunde con las alimañas.

Hombres ayer bondadosos, rectos en su conducta, abnegados con sus semejantes, se tornan hoy, ya investidos de autoridad, inhumanos, crueles, duros de corazón, más duros aun de intelecto. Una ordenanza, una disciplina, una legislación cualquiera ahoga en ellos prontamente toda nobleza de sentimientos y de pensamientos. El frío cálculo invade sus sentidos. La noción

del castigo, de la regresión, de la pena, domina de absoluto su alma plena de instintos malvados. Para la autoridad todo hombre es un delincuente, mientras no demuestren lo contrario. Y así se hace soez, grosero, brutal. Ya no es la función autoritaria elemento regulador de la vida común, balanza justiciera que á cada cual da lo suyo, servidora sumisa de los intereses generales. Es la fuerza prepotente, dueña de todo, superior á todo, por encima de todo.

Se la quiere imparcial, y su imparcialidad la pone fuera de toda humanidad. ¿Cómo podría serlo si tuviera alma humana, corazón y cabeza de hombre? Se la quiere recta, y su rectitud la coloca fuera de toda sensibilidad. Indiferente al dolor, suspicaz con el placer, va á su fin arrollando toda supervivencia piadosa, de amor, de compasión. Se la quiere justiciera, y su justicia condena á presidio por toda una vida al que hurtó por hambre ó cuelga de un palo al que mató por arrebato, por malvada educación social, por locura ingénita.

La psicología de la autoridad está precisamente en eso, en ser imparcial á costa de la humanidad, en ser recta á costa de todo sentimiento, en ser justa á costa de la libertad y de la vida de los hombres. No podría ser de otro modo.

La piedra berroqueña, el acero, el diamante, no son más duros que su dura alma. Su cerebro es un puro mecanismo de cálculo. La lógica de los hombres no reza con ella. Está fuera de la razón y de la humanidad. Está fuera del concierto universal de la vida. Está fuera de la naturaleza.

La autoridad es un abismo que excede los límites de la inteligencia humana. Su psiquis no es la psiquis del hombre, aunque el hombre la engendró. Acaso no tiene alma y si la tiene es alma contrahecha y monstruosa que surgió de lo ignorado y se ejercita en el mal y por el mal dura y perdura. Por el bien de la humanidad, será menester aplastar al monstruo. LA REDACCIÓN

## CRÓNICA CIENTÍFICA

La habitabilidad de Marte. Porvenir del sistema solar.

Son muchos los sabios que se preocupan en la actualidad del problema de las comunicaciones con el planeta Marte. ¿Y si después resulta que no hay habitantes en el rojo planeta?, podría preguntarse á los astrónomos Larell, Pickering y Flammarion, que quieren enviar mensajes ópticos á nuestros hipotéticos vecinos, lo mismo que el profesor David Todd, que abraza el propósito de elevarse á grandes alturas, no ya para enviar mensajes, sino para recoger, por procedimientos radiográficos, los que, según dicho profesor, nos envían seguramente aquellos habitantes ultraterráneos.

En la revista semanal científica *English Mechanic* he publicado unos cálculos que me han permitido determinar la temperatura superficial de todos los planetas y satélites del sistema solar en función de su radio, de su densidad y de su distancia al astro central.

Los resultados obtenidos colocan al planeta Marte entre los cuerpos celestes cuya temperatura superficial no nos permite suponer la existencia de la vida organizada é inteligente tal como nosotros la concebimos, aunque sí la de gérmenes vitales, algunos de los cuales, como es sabido, resisten los fríos más intensos.

He aquí los resultados numéricos de mis cálculos:

Temperaturas superficiales medias de:			
Mercurio . . .	46	grados centígrados	bajo cero.
Venus . . . . .	9	—	—
Tierra . . . . .	15	—	sobre —
Marte . . . . .	128	—	bajo —
Júpiter . . . . .	305	—	sobre —
Saturno . . . . .	5	—	bajo —
Urano . . . . .	83	—	—
Neptuno . . . . .	27	—	—

Para la Luna, para Ganímedes, satélite principal de Júpiter, y para Titán, satélite principal de Saturno:

Luna . . . . .	153	grados centígrados	bajo cero.
Ganímedes . . . . .	181	—	—
Titán . . . . .	192	—	—

Según estas cifras, los únicos planetas en que podemos suponer la existencia actual de seres inteligentes son: Venus, Saturno y Neptuno.

Para Mercurio, Urano y Marte es demasiada baja la temperatura, mientras que resulta demasiado elevada para Júpiter, al que muchos astrónomos califican, con razón, de pequeño sol.

Pero una aplicación de mis fórmulas á la teoría nebular de la formación de los planetas indica que hubo un tiempo, después de la formación de Marte y antes del nacimiento de la Tierra, en que la temperatura superficial del rojo planeta era de 40 grados centígrados sobre cero. Entre esta elevada temperatura y la actual de 128 grados bajo cero ha debido pasar por todas las intermedias; de modo, que en una época que habrá podido durar millones de años, la «humanidad» de Marte pudo haberse desarrollado y haber completado su evolución antes de emprender la marcha regresiva hacia su extinción completa por el frío. Esto es lo que hace resaltar el doctor Colin Galbraith en el artículo de fondo del número de abril del *Scientific Monthly*, consagrado al análisis de mis trabajos, con cuyos resultados se muestra completamente conforme el articulista.

Dice el doctor: «Los resultados obtenidos por el profesor Mármol ofrecen una explicación de los tan discutidos canales de Marte, considerados como obra artificial, pues no son probablemente otra cosa que los restos conmemorativos de edades pasadas, cuando Marte estaba habitado y poseían los marcianos una inteligencia igual, ó superior tal vez, á la nuestra.

Otra deducción, curiosa é interesante, saca el doctor Galbraith del estudio de mis teorías.

La temperatura de Júpiter aumenta constantemente, y ha de seguir au-

ment  
conce  
cuerp  
éter,  
sal. I  
tes d  
últim  
trans  
y luc  
nar r  
brá p

«La  
cuand  
de az  
«La I  
cuand

Des  
el pa  
sobre  
de du  
trigu

iba g  
«La I

Se  
diez  
fué u  
como  
un p  
escor  
Re  
hijo  
creci  
sin e  
que  
y qu  
No l  
en lo  
ni p  
al vi  
ni m  
que  
hizo  
que

mentando en virtud del proceso de concentración producido en todos los cuerpos celestes por la presión del éter, causa de la gravitación universal. Es, pues, muy probable, que antes de que alcance el sistema solar la última fase de su evolución actual, transformándose en estrella temporal y luego en nebulosa para proporcionar materiales á nuevos mundos, habrá pasado Júpiter á la categoría de

estrella, después de haber sido ya absorbidos por el astro central los planetas comprendidos entre el Sol y Júpiter. El sistema solar se habrá transformado, pues, en *estrella-doble* cuyos planetas serán Saturno, Urano y Neptuno, y tal vez los dos ultra-neptunianos cuya existencia sugiere la teoría, aunque no la ha confirmado todavía la observación.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL

## PÁGINAS LITERARIAS

### Andresillo

#### I

«La Libertad», «El Pueblo», iba gritando  
por calles y por plazas,  
cuando el jardín se cubre de heliotropos,  
de azules lirios y de rosas pálidas.  
«La Libertad», «El Pueblo», repetía  
sobre el fango y la escarcha  
cuando tiemblan los árboles desnudos  
y se encorvan las ramas.

Descalzo, el cuello al aire, mal prendido  
el pantalón que á la rodilla alcanza;  
sobre el cabello inculto, vieja boina  
de dudoso color y rota malla;  
trigueño, endeble, sin descanso y ágil,  
por calles y por plazas,  
á la lluvia y al viento,  
sobre el fango y la escarcha  
iba gritando con su voz ya ronca:  
«La Igualdad», «La República», «La Patria».

#### II

Se llamaba Andresillo y contaría  
diez primaveras á lo más; su infancia  
fué una penumbra dolorosa y triste,  
como aurora de un día de borrasca;  
un pasaje del Dante; una tragedia  
escondida en la bolsa de una larva.

Recogido del suelo del suburbio,  
hijo de la embriaguez y de la infamia,  
creció entre golpes y denuetos, solo,  
sin escuchar jamás esas palabras  
que parecen el salmo de las cunas  
y que las madres verdaderas cantan.  
No le vieron jamás sus compañeros  
en los alegres corros de la playa;  
ni precedió á las tropas en revista,  
al vivo son de la marcial charanga;  
ni merodeó jamás en los frutales  
que la ciudad circundan, ni su charla  
hizo sonreír al viejo transeunte  
que junto al grupo de chicuelos pasa.

Creció en un antro, conociendo el hambre;  
junto á un hogar sin llamas,  
y apenas supo andar, sus manecitas,  
¡sus manecitas por el frío cárdenas!  
ofrecieron temblando al pasajero  
esas hojas inmensas en que vagan  
en orden apiñado

las líneas negras y las líneas blancas.  
Vendiese poco ó mucho, eran los golpes  
la recompensa diaria;

y fuerza fué agotar la mercancía;  
gritar «El Porvenir», «La Democracia»,  
«El Progreso», «La Idea», con voz ronca  
bien estridente, alta,  
para aplacar la furia del verdugo,  
de la mujer salvaje y sin entrañas,  
que adoptó porque sí, para hacer algo  
al hijo del misterio y de la crápula.

Si el niño—¡Perdón madre!—le decía  
deshaciéndose en lágrimas,  
aquella furia contestaba alzando  
su diestra de gigante:

—¡Tu madre fué una horrible mujerzuela!...  
No me llames así!... Duérmete y calla!—  
En tanto un hombre, que paseaba ebrio  
por la mísera estancia,  
azuzaba á la bruja murmurando:  
—¡Haces bien: que se duerma ó que se vaya!—

#### III

Una noche de invierno, triste y fría;  
noche de lluvia sepulcral y opaca,  
Andrés enfermo, pero alegre y ágil,  
volviendo á su prisión cruza una plaza.  
No es fácil que le peguen; ha vendido  
cuanto quiso vender, y aun cuando se halla  
con fiebre y muy cansado, sólo el frío  
de la lluviosa noche le acobarda.

De pronto oye un sollozo; es una niña  
huérfana como él; como él oleada  
del fango, de la sombra y compañera  
de oficio y correrías.—¿Qué te pasa?

¿Por qué lloras?—le dice, y sollozando la pequeñuela exclama:  
—¡Que no puedo vender todos los números y me van á matar!—¡Mí pobre Paula! ¿También á tí te pegan?—¡Es por eso que tengo miedo de volver á casa!  
—¿Cuántos números tienes?—Andrés dijo:  
—¡Ocho!—responde la pequeña. ¡Oh santa compasión del insecto por el átomo!  
Andresillo infeliz la frente baja, compra los ocho números y sigue el camino que lleva á su morada, calculando los golpes que le esperan, llena de angustia el alma.  
Mientras que de rodillas en la noche, sobre las nubes pardas, la madre de la niña sin ventura de gratitud y de dolor lloraba!

## IV

Llegó Andrés á su cueva; vió en lo oscuro el gastado jergón de húmeda paja, y sobre tosca fuente, junto al fuego el humo de las viandas.

—¡Si te queda algún número, á la calle!— la mujer le gritó.—¡La noche es mala y no pude vender!—con ronco esfuerzo del niño balbucea la garganta ya llena de sollozos.—¡A la calle! ¡A dormir en los bancos de la plaza!—  
—¡Estoy enfermo y la ventisca sopla!—  
—¡A la calle, repito!—Y la gigante hecha una furia de cabellos rojos, dejó al niño y la sombra cara á cara.

Lo que el niño y la noche se dijeron es un misterio aun; tal vez el alma enternecida de la pobre madre sobre el niño tendió las leves alas. Lo cierto es que al venir el nuevo día los quinteros que entraban en la ciudad, rigiendo adormecidos con mano floja, las carretas tardas, le vieron con asombro en el umbral oscuro de la casa, lívido, inmóvil, azulado, muerto, á la confusa claridad del alba!

CARLOS ROXLO

Uno de los poetas más populares del Uruguay.

## CRÓNICAS SOCIALES

### La futura guerra no será internacional, sino social

Todas las huelgas, mayores ó menores, tan menudeadas en estos últimos tiempos por todo el mundo, no son más que ensayos parciales de la huelga general, que tendremos más tarde y quizás cuando menos se piense. Es difícil saberse poseedores de una fuerza y resistir al deseo de ejercitarla y de probar hasta dónde alcanza.

Unase á esto la infantil curiosidad, poderoso móvil de tantas acciones humanas; el «¿á ver qué pasa?», capaz por sí solo á desafiar y arrostrar todos los peligros que puedan amenazarnos y todos los males que puedan sobrevenirnos. Los síntomas son de que, tanto los amenazados, unos por hacer alarde de su fuerza y otros de su resistencia, están deseando saber lo que pasa si la huelga general se declara. Tanto harán unos y otros que por fin se saldrán con la suya, y no tardaremos en enterarnos. ¡Triste tarea la de los gobernantes modernos, edificando sobre

terreno movedizo, haciendo cuentas sin contar con lo imprevisible, previsores de las guerras exteriores y sorprendidos por la guerra íntima! Y no hay duda: las huelgas son las guerras modernas, y de ellas deben preocuparse los gobiernos más que de las dudosas conflagraciones internacionales. Las luchas futuras serán de clases, no de naciones. Un obrero chino será más compatriota de un obrero alemán que de un capitalista ó de un letrado de su nación. Un hombre de ciencia francés estará más cerca de un sabio japonés que de cualquier espíritu grosero entre sus compatriotas. Los espíritus se saludan por afinidades espirituales, no por la proximidad material. Como el beso de la dolora de Campoamor, injusticias y males repercuten muy lejos y unen en el mismo sentimiento de agravio y de dolor á los más distantes. Por eso los que aun crean que hay algo que defender, contra los que creen

que todo  
unirse esp  
bre nacio  
enemigo e  
de patria  
to será ta  
de las ide  
mentales

Son pec  
dores, terr

Un libr  
mado al a  
inmediata

Ellos ti  
lidad par  
obscurida  
rior del o  
pacio, mu  
dentro, d  
petada co  
nar el mi  
y su prop

Tienen  
milímetro  
destructor

Millon  
bajo, y, s  
ravellosa  
las pared  
los tabiq  
por un sí  
les son co  
habitante  
buen día  
lo último  
derrumba  
cha de ca

Estos d  
en socied  
migas, h  
mente u  
Santa El  
las movi  
valles.»

¡Así ig  
lectual v  
gloria sa

¡Pero  
los extra



miro, á la calle!—  
 oche es mala  
 onco esfuerzo  
 anta  
 la calle!  
 e la plaza!—  
 atisca sopla!—  
 a gigante  
 os rojos,  
 ara á cara.

he se dijeron  
 z el alma  
 dre  
 ves alas.  
 l nuevo día  
 rtraban  
 rmecidos  
 as tardas,  
 ro  
 de la casa,  
 lado, muerto,  
 l del alba!

CARLOS ROXLO  
 lars del Uruguay.

## sinio social

ciendo cuentas  
 vido, previsio-  
 teriores y sor-  
 a íntima! Y no  
 son las guerras  
 ben preocupar-  
 e de las dudo-  
 nternacionales.  
 n de clases, no  
 chino será más  
 ero alemán que  
 n letrado de su  
 ciencia francés  
 sabio japonés  
 tu grosero en-  
 Los espíritus se  
 espirituales, no  
 erial. Como el  
 umpoamor, in-  
 tuten muy lejos  
 entimiento de  
 más distantes.  
 n que hay algo  
 los que creen

que todo hay que destruirlo, deben unirse espiritual y materialmente sobre naciones y fronteras; porque el enemigo está en todas partes. La idea de patria es valor que caduca, y pronto será tan anacrónico como el valor de las ideas religiosas. Razones sentimentales los sostendrán todavía sin

virtud y sin eficacia. ¡Ay de los que no comprenden á tiempo la necesidad de sustituir esos valores por otros más eficaces para la defensa social! Suponiendo que la defensa social tenga valor alguno.

JACINTO BENAVENTE

## Las polillas

Son pequeñísimos insectos, devoradores, terribles.

Un libro, un mueble, un edificio tomado al asalto por las polillas, está inmediatamente perdido.

Ellos tienen una sorprendente habilidad para trabajar en secreto, en la obscuridad, dejando intacto el exterior del objeto codiciado, y van despacio, muy despacio, destruyendo por dentro, debajo de la superficie, respetada con arte sagaz para no traicionar el misterio de su propia presencia y su propia obra devastadora.

Tienen apenas una grandeza de 5 milímetros; pero el estupendo poder destructor deriva de su gran número.

Millones y millones se ponen al trabajo, y, si invaden una casa, con maravillosa rapidez se ponen á perforar las paredes, las maderas, los firantes, los tabiques, las puertas y muebles, por un sinnúmero de galerías, las cuales son completamente invisibles á los habitantes de la casa, hasta que un buen día la que ha conservado hasta lo último su apariencia de solidez, se derrumba de golpe, como si fuese hecha de cartón.

Estos curiosos insectos, organizados en sociedad como las abejas y las hormigas, hoy han destruído casi enteramente una isla: la histórica isla de Santa Elena donde Napoleón «recordó las movibles carpas y los recorridos valles.»

¡Así igual, es como la polilla intelectual viene destruyendo la bárbara gloria sangrienta!

¡Pero qué maravilloso ejemplo, en los extraordinarios efectos, sumando

el mínimo esfuerzo, nos dan estos prodigiosos animalitos, casi insignificantes al mirarlos uno por uno y que sin embargo lograron destruir una isla entera!

¡Clavad este ejemplo en vuestra mente, de un modo indeleble, compañeros inteligentes, que os veréis obligados á endosar la odiosa librea militar, demasiado cubierta de manchas de sangre!

Arrastrados por la fuerza de una ola demasiado seguida aún, que empuja año tras año oleadas de sana juventud á degenerarse y atrofiarse tras las paredes corruptoras de los cuarteles; compañeros, cuando os toque vuestro turno para renovar las pasivas fichas puestas astutamente por los gobernantes del capitalismo, sobre el gran tablero internacional donde éstos juegan contra la fuerza del trabajo su suprema pagada, con la rebelión en el alma, debéis entrar á formar parte de esta institución aborrecida, que es una sobreviviente de un pasado de barbarie en el uniforme y en la disciplina, que para modernizarse en su intento, no supo más que fijarse una finalidad odiosa, aquella de entrometerse parcialmente en la actual lucha económica.

¡Pero tenéis medios para desquitáros de la violencia que os imponen!

Sois las «polillas» de la institución militar y los años pasados en el cuartel no serán años perdidos.

Otros ya han abierto las primeras brechas. Continúad, intensificad, jóvenes antimilitaristas, la obra demoleadora. Penetrad en las galerías ya ini-

ciadas, y trabajad sin descanso, silenciosos é incesantemente, como los insectos de la isla Santa Elena, agrandad los invisibles «túneles» en el edificio militar, difundiendo con igual admirable constancia el espíritu revolucionario en vuestro cuartel, hasta tanto esté todo saturado.

No penséis nunca que hacéis obra insuficiente é inútil. Reflexionad, cuando el cansancio os induzca á desistir de vuestra propaganda activa, sobre el ejemplo de la isla destruída por el pequeñísimo insecto.

Tened presente en vuestro pensamiento que otros miles y miles trabajan como vos, dentro y fuera del cuartel, con unidad de intención, y que si el militarismo conserva aún externamente su apariencia de solidez, ya buena parte del tenebroso edificio está en las bases irremediabilmente corroido.

Sois vosotros, compañeros, que en las filas mismas del ejército podéis cumplir el mayor trabajo de disgregación.

Animad á los jóvenes que nada saben del movimiento obrero, que en las aldeas esparcidas entre las montañas

y las llanuras, nunca tuvieron oportunidad de formarse siquiera una idea rudimentaria del anarquismo.

Aprovecháos de la única ventaja que nos da el reclutamiento que pone á estos jóvenes en contacto vuestro, haced de ellos entusiastas antimilitaristas, los cuales sabrán á su vez desparramar, á la vuelta á su pueblo, las ideas emancipadoras.

Cada mente ganada para nuestra causa es un pedazo de edificio que se derrumba. Con la palabra y con las publicaciones revolucionarias, astutamente introducidas en el cuartel, haced de modo de conquistar á muchos.

Poco por vez, año por año, los antimilitaristas así aumentarán, hasta que las invisibles galerías cavadas en el edificio militarista serán innumerables, y entonces, improvisadamente un día, como la casa invadida por las polillas, que, sin embargo, conserva hasta lo último su aspecto de solidez, caerá ruidosamente sepultando bajo sus escombros un alto cúmulo de privilegios é infamias.

JANNY DAL REY

## Tribuna para los Trabajadores<sup>1</sup>

### Diálogo entre un Cristiano sincero y un Racionalista

(A la salida de una Iglesia después de asistir á una misa).

CRISTIANO.—¿Por qué, amigo Icaria, al levantar la hostia permaneciste en pie sin hincarte? Esto ha sido poca cortesía á las creencias ajenas.

RACIONALISTA.—Dispénsame, querido Teófilo; pero yo entiendo que en algunas ocasiones importa sacrificar la cortesía á las convicciones.

(1) Los oscuros trabajadores que empapan durante el día los surcos del trabajo, de noche á veces, bajo los besos de la luna, sienten las ansias de cristalizar también sus pensamientos.

Para ellos es esta tribuna, en la cual no se levantan las voces afinadas de la más alta cultura. En ella apenas ha de fulgurar el verbo de la sinceridad.

C.—No sé qué razón pueda haber que te impida adorar á Dios.

R.—¿Y tú crees, de verdad, que en la tal hostia está Dios?

C.—El Concilio de Trento decretó como artículo de fe que las especies de pan y vino mediante la eficacia de la consagración se convertían en el mismo cuerpo y sangre de Jesucristo.

R.—De modo que entonces, hay que creer que los sacerdotes y los fieles se comen á su propio Dios. ¡Qué barbaridad!

C.—Hombre, no había nunca recapitado en esto. Efectivamente, re-

tuvieron oportuna  
quiera una idea  
uismo.

nica ventaja que  
o que pone á es  
o nuestro, haced  
antimilitaristas,  
vez desparra-  
ueblo, las ideas

para nuestra  
edificio que se  
abra y con las  
narias, astuta-  
el cuartel, ha-  
quistar á mu-

or año, los an-  
entarán, hasta  
fías cavadas en  
erán innumera-  
provisadamente  
vada por las  
argo, conserva  
cto de solidez,  
pultando bajo  
cúmulo de pri-

NY DAL REY

ores

cionalista

pueda haber  
Dios.  
verdad, que en

rento decretó  
las especias de  
a eficacia de la  
tían en el mis-  
Jesucristo.

onces, hay que  
y los fieles se  
¡Qué barba-

fa nunca reca-  
ivamente, re-

sulta que nos comemos á Dios; confie-  
so que es una solemne barbaridad,  
hasta de pensarlo; ¡peor que la antro-  
pofagia!

R.—Pues bien, yo no quise tortu-  
rar mi conciencia, prestándome á ad-  
orar un mito, sancionando con mi con-  
ducta una creencia que considero in-  
moral é insensata. He aquí por qué no  
me arrodillé: fué preciso sacrificar la  
cortesía á mis convicciones.

C.—Pero, ¿tú no eres cristiano?

R.—Sólo de nombre, porque cuan-  
do no tenía uso de razón, á los dos  
días de nacido, me bautizaron. Con  
todo, me opuse á que me confirmaran,  
cuando á los quince años me lo propu-  
sieron, pues á tiempo abrí los ojos á la  
razón, y pude advertir el cúmulo de  
patrañas que constituyen gran parte  
de las creencias cristianas.

C.—Pues mira, yo estoy bautizado  
y confirmado, y ambos sacramentos  
me los administraron, el primero algu-  
nos días después de mi nacimiento y  
el segundo á los siete años, de modo  
que los dos los recibí sin edad compe-  
tente para deliberar racionalmente.

C.—Amigo Icaria, dime ¿qué opi-  
nas de Jesucristo?

R.—Que fué un hombre como los  
demás.

C.—Pero dicen que hizo muchos  
milagros.

R.—Si se pudiera probar que algu-  
na vez se ha verificado un solo mila-  
gro, sería esto suficiente argumento  
para negar la existencia de Dios. Por  
otra parte, ¿acaso la verdad necesita  
del recurso de maravillas ó juegos de  
cubiletos para que sea aceptada? ¿Qué  
diríamos de un catedrático que para  
demostrar á sus discípulos la verdad  
de un teorema recurriera á sorpren-  
dentes juegos de prestidigitación, pres-  
cindiendo ó rehuendo las precisas de-  
mostraciones matemáticas?

C.—Que era un redomado far-  
sante.

R.—Jesucristo ignoraba que existie-  
ra América; los judíos no quisieron  
creer en él, etc.

Mira, Teófilo, mañana te voy á re-

galar un libro admirable. Léelo aten-  
tamente, verás qué bueno es: *La Vida  
de Jesús*, por Ernesto Renán.

C.—Tendré sumo gusto en leerlo.  
Dime ¿no crees, entonces, en la Re-  
dención?

R.—¡Jamás!

C.—Explícate. ¿Negarás un aconte-  
cimiento de tal resonancia?

R.—¡Ay! amigo Teófilo y cuántas  
paparruchas no han alojado los sica-  
rios del error en el cerebro humano.

C.—¿Paparruchas dijiste?

R.—Y muy gordas: con todo, si  
más aun lo fueran, el común de las  
gentes, las aceptara por aquello de  
*stultorum numero est infinitus*.

Admitamos por un momento que la  
leyenda del Génesis fuera cierta. Se-  
gún ella, la Redención arranca ó tie-  
ne su origen en el Paraíso Terrenal.  
Allí Adán y Eva comieron de aquellas  
manzanas que Dios, para *probar* su  
obediencia, les había prohibido.

C.—Me sé esta historia de memoria.  
Puedes ahorrarte el trabajo de refe-  
rirmela.

R.—Alégrome. Voy, pues, á hacer-  
te algunas reflexiones, que de ella se  
deducen.

1ª Si Dios quiso probar la obediencia  
de nuestros primeros padres, es  
claro que *ignoraba* lo que de aquellos  
seres inocentes podía esperar.

2ª Seres ó criaturas inocentes no  
pueden pecar.

3ª Aun admitiendo que pudieran  
pecar, si Dios quería redimirlos, de  
*ipso facto* quedaban redimidos. En Dios  
el *querer* es *poder*; él no necesita *me-  
dios* para conseguir un *fin* y mucho  
menos emplear medios tan incompati-  
bles con su dignidad, como son dejar-  
se escupir, abofetear, azotar, clavar en  
cruz entre dos ladrones, etc., etc.

Al llegar aquí, Teófilo abre sus bra-  
zos y abrazándome tiernamente exclama,  
¡basta! ¡basta! amigo mío, estoy  
convencido de las muchas paparru-  
chas de una religión que desde este  
momento abandono.

MAGÍN IVERN.

## Pensemos en esto

Vive en mi pueblo un hombre casado, padre de tres hijos de los cuales el mayor tiene apenas seis años. Él cuenta veintiocho y la esposa veinticinco.

Estaba, cuando sucedió lo que voy á referir, pálido y triste; la mala alimentación, el mucho trabajo, la falta de higiene y la anquilostomiasis, habían minado la que fué su robustez y un día de tantos enfermó. Quedó postrado en la cama sin poder trabajar, pero con unas cuantas pociones y fricciones que le propinaron unos vecinos, porque el médico del pueblo no visita á los pobres y tienen que llevarlos al despacho acompañados de no sé cuántos papeles que dan en la Jefatura para que la Municipalidad pague las medicinas, en fin, tanta tramitación y molestia que el enfermo llega á renegar de la caridad municipal.

Pudo por fin levantarse.

Es el caso pues, que á duras penas se levantó, gracias á los conocimientos médicos de las comadres y sin haberse borrado aun del rostro pálido las señales indelebles que deja una enfermedad no curada, le vi tan triste y abatido que le dije: ¿Por qué está tan triste, qué siente usted, amigo? á lo que contestó:—Señor, hace días que estoy en cama, y aunque mi esposa que está *interesante* no ha dejado de lavar ageno, no nos alcanza para mantener estos tres pedazos. Nada me duele del cuerpo, sólo el corazón, al ver que todo lo que he trabajado ha servido para los otros y hoy que no tengo fuerza no se acuerda nadie de mí y mis hijos piden pan y no les puedo comprar. Mi tristeza no es la enfermedad del cuerpo, es, señor, la enfermedad del alma y del pensamiento.

Al oír esto llegó á mi cerebro algo que removió el órgano donde debe tener asiento el sentimiento de la indignación, y le propuse fuese á mi casa á destusar maíz al día siguiente, trabajo que me pareció poco fatigoso y el más adecuado para su estado de salud.

Fué á mi casa y callado y triste trabajó lo que pudo y al pagarle el jornal de medio día, porque no soportó más, dijo: ¿Me lo habré ganado?

Nada contesté, porque llegó una niña harapienta que al ver la miserable moneda de cincuenta céntimos en manos de su padre, exclamó: ¡Padre, padre, voy á comprar pan que hace tanto tiempo no comemos!

Me lastimó el corazón aquella niña y luego de mandar darle unas galletas, me puse á reflexionar: ¿Por qué mis hijos pueden comprarla, y los de este hombre que fué tan trabajador no? ¿Por qué los hijos de este hombre que trabajó y consumió sus fuerzas en enriquecer á otros no pueden ahora ni comprar un miserable bollo de pan?

Miré á mis hijos y dándoles un beso á cada uno, les dije: La vil moneda es la que hace la felicidad de los hombres, y esto no debería ser así. Si todos los hombres son útiles y con su trabajo contribuyen al perfeccionamiento social, todos tienen los mismos derechos. Tanta utilidad presta el brazo de un peón como el cerebro de un ministro. Tanto derecho tiene á la vida el hombre del cuento como el hacendado de enfrente; la misma galleta deberían poder comprar los hijos de éste como los de aquél.

LEANDRO SANAHUJA

### Pensamientos

Ningún hombre tiene el derecho de acaparar más de lo que puede consumir; lo que los ricos dan á los pobres, mientras que millones de hombres mueren de hambre, no es un favor, propiamente hablando, sino una imperfecta restitución. — SHELLY.

Cada vez que el militarismo es muy preponderante, la cultura del espíritu puede, en honor, ser descuidada. — HERBERTO SPENCER.

Ernest

Des  
Ernes  
el con  
ferenc  
del ar  
bargo  
más p  
como

Info  
escaso  
no se  
de ing  
de lee  
hojas  
yuelo  
de tod  
res bu  
duos  
eso d  
murn  
cansé  
mento  
tras e  
bullie

Ro  
Bertr  
tra ap  
como  
cimie  
vorac  
la ide  
robar  
gue a  
que p  
á su  
ria, p  
ojos

De  
que e  
llega  
das o  
sano.  
dad i  
que

1 1

# BIBLIOGRAFÍA

## Glosas literarias

Ernestina <sup>1</sup>, de PRUDENCIO BERTRANA

Desdichadamente con la lectura de *Ernestina* no hemos podido confirmar el concepto que ciertas páginas de referencia nos habían sugerido acerca del arte de su autor. Tal vez, sin embargo, sea más vigoroso, más intenso, más poseído de ardiente vitalidad que como en ese libro se manifiesta.

Iniciase bellamente la novela con no escasos toques de gallarda frescura que no se abate al paso de trémulas ondas de ingenuo sentimentalismo que á poco de leerla surge vaporoso de entre sus hojas,—frescura primaveral de arroyo cuyo agua, sin cesar reflejadora de todo lo que bajo los sidéreos fulgores bulle, arrastra infinitesimales residuos de todas las cosas, sin dejar por eso de ser atrayente y consolador su murmurio para el caminante hartado de cansera que á su lado melancólicamente pasa, ni para la virgen feliz que tras el ensueño de una libélula llégase bulliciosa hasta su orilla.

Robusta debe ser la mentalidad de Bertrana, pero es lo cierto que, á nuestra apreciación, se revela en *Ernestina* como víctima de lamentables desfallecimientos que á fuerza de aferrarse con voracidad de zarcillos, de las carnes de la idea, debilitan sus palpitaciones, le roban pujanza y hacen que presto llegue al ánimo del leyente un como vaho que parece hubiera venido recogiendo á su paso raras impresiones de histeria, para formar ante el deseo de los ojos la neblina pesada del hastío.

De vez en vez adviértese, empero, que el autor se ha armado de bríos para llegar á lo alto de esas cumbres soleadas en que triunfa el arte amplio y sano. Porque fuera mengua de la verdad negar que hay en *Ernestina* una que otra delicadísima escena cuya ar-

monía da temor perturbar con la luz del ojo que analiza; escenas son esas, sí, bien frágiles y efímeras. Ocúrrenos que al igual de esa maravillosa flor nocturnal,—la reina del baile,—están hechas para reinar sólo durante esotra noche, la ausencia del análisis,—que es luz de sol; hechas para resplandecer cuando únicamente el sentimiento se expansiona, después de haberse alejado con timidez las ideas para dejarnos en libertad de contemplar.

El retazo de vida, triste como un envejecido brial, que la novela esboza, no está, á juicio nuestro, condicionado al ambiente en que vibra: parecenos que las líneas que lo enmarcan han sido trazadas unas con más vigor que otras, unas con tinta, otras con lápiz. Seguramente el anhelo excitante de construir pronto, barrió con sus rachas mucho de la observación y del colorido. Se trata de una trama clara, sencilla, lógica, que á ratos, sin embargo, tiende á ser demasiado vulgar y que deja ver con plenitud que su desarrollo arrojó hacia el más penoso exilio la tendencia y la intensidad. El desenvolvimiento, en verdad, no justifica el desgaste de energías que hubo de operar para realizarse. Los personajes, sin compleja metamorfosis, podrían intercambiar sus destinos: les falta personalidad fuerte, les falta vida. Creeríaseles salidos de un bazar de vigiliás. Uno cuando más, Ernestina, podría ser el mismo en todas partes; su fisonomía es propia, suyo es su dolor. La pobre histérica, no obstante, difícilmente hace sentir las rebeldías hondas y calladas de los corazones que la sierpe del tormento tritura. Ante ella se siente esa compleja vaguedad, ora asombro doloroso, ora triste admiración que flota ante los portales de los hospitales. Ernestina tal vez en

<sup>1</sup> Domenech, editor, Barcelona (España).

ni cerebro algo  
donde debe te-  
ento de la in-  
se fuese á mi  
día siguiente,  
o poco fatigoso  
a su estado de

do y triste tra-  
agarle el jornal  
no soportó más,  
do?

ne llegó una ni-  
ver la misera-  
ta céntimos en  
clamó: ¡Padre,  
pan que hace  
os!

on aquella niña  
le unas galle-  
onar: ¿Por qué  
rarla, y los de  
tan trabajador  
de este hombre  
ó sus fuerzas  
o pueden ahora  
de bollo de pan?

ndoles un beso  
vil moneda es  
el de los hom-  
er así. Si todos

y con su tra-  
ccionamiento  
mismos dere-  
resta el brazo

ebro de un mi-  
tiene á la vida  
omo el hacen-  
ma galleta de-  
s hijos de éste

SANAHUJA

consumir; fo  
a de hambre,  
—SHELLY.

óritu puede,

otro ambiente habría también sentido lacerado su corazón por los mordientes de la angustia y acaso asimismo hubiera apagado sus postreros anhelos dejando que la ironía, para afrenta de sus cariños, se diera á revoltar con alas de venganza sobre las cabecillas inquietas de los hijos de su hermana... ó de otros hijos... de todos los hijos. En ninguna parte hubiera recibido sin agravios el aliento tibio del amor.

Víctor, con su lastimosa inconsciencia, por más que su semblante revela lo que aquél se propuso, hace fracasar la intención de heroísmo que el autor le transfundió en su estrecho corazón. No puede ser abnegado nunca el que nació sin voluntad.

Quien alguna vez haya hecho la suerte de derramar el agua de un vaso para sorprender entre el tropel de sus átomos la belleza excelente del arco iris, y en ese momento haya sido asaltado por uno de esos bruscos pesares que ahuyentan toda exquisita delicia, si lee la novela del pintor catalán, sentirá que se renueva en su mente esa sensación. Porque así es ella: un arco iris que aun no ha lucido toda la fulgencia de sus matices cuando llegan las sombras y arrojándolo en sus abismos se lo llevan para siempre.

OMAR DENGO



Servet, por el Dr. POMPEYO GENER

Puede calificarse este libro, que acaba de publicar la Casa Maucci de Barcelona (España), como un monumento definitivo á Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre, y víctima de la intransigencia religiosa.

Pompeyo Gener, cuyo renombre es admirado en toda Europa y América, ha dedicado largos años al escrupuloso estudio de la gran figura de Servet, el insigne español que resulta ser «uno de los diez grandes hombres de la Hu-

manidad», según la gráfica expresión de Elíseo Reclus.

En *Servet* se determina su lugar de nacimiento y su progenie con documentos fidedignos, en la primera parte del libro.

En la segunda parte, el autor estudia las obras, los descubrimientos, las ideas y las tendencias de este genio universal, *médico, filósofo y teólogo*, siendo su conclusión la de que encarnaba enfrente del Protestantismo, el Renacimiento del espíritu grecolatino con la reivindicación del Hombre.

En la tercera parte de *Servet* se ocupa el autor del proceso infame que Calvino, su enemigo, le hizo instruir, por rivalidad, para legitimar el horrendo suplicio de la hoguera, que le aplicó sin motivo alguno. «He leído y releído (dice el autor) el proceso y conmigo uno de los primeros abogados suizos. En ninguna de sus páginas resulta motivo alguno serio, no sólo para la condena, sino ni tan siquiera para su detención».

En esta parte última se hace un análisis del protestantismo en general, y especialmente del calvinismo, demostrando ser éste, al revés de lo que muchos creían, un movimiento antiliberal, antivital y antihumano. Un sinfín de documentos auténticos apoyan tan magna obra, y de ella resulta triunfante la colosal figura del gran sabio español, al cual, hasta ahora, no se le había rendido la debida importancia.

Un tomo de 320 páginas, en papel especial, con 8 láminas, y de confección tipográfica esmeradísima, 3 pesetas (€ 1.50).



*En la brecha.* Serie de artículos publicados en el *Diario de Panamá* por don Justo A. Facio en contestación á don Nicolás Victoria J., pedagogo éste de aquella tierra á quien sin mayor esfuerzo despojó el señor Facio de su prestigio científico.

## A modo de crónica

«El Ave Azul».—Nada tan merecido como el éxito colosal que obtiene sucesivamente en Moscú, en Londres y en París la pieza de hechicería de Mauricio Maeterlinck *El Ave Azul*, en 6 actos y 12 cuadros. El elogio que se le tributa es unánime y de 1ª clase, y se aplica tanto al fondo de filosofía de la obra como á la belleza de su forma. *El Ave Azul* gusta á todo el mundo, sin distinciones de edad ni de sexo ni de saber. ¡Oh! La verdad, la buena y hermosa verdad, seduce siempre, sin requerir iniciaciones ni refinamientos! Esa pieza da á la juventud un ejemplo de lo que puede producir en el campo de las letras una existencia á la Maeterlinck, sana, armoniosamente arreglada, al aire y al sol! *El Ave Azul* es un cuento para niños, es un sueño de niños y conmueve hondamente á los filósofos viejos. Tylyl y Mytyl, los tiernos protagonistas, en su viaje alegórico en busca de la quimera de la felicidad absoluta, no corren las aventuras habituales de los cuentos de hadas: nada de ogros ni de hechiceras malvadas! Su viaje es una fábula ingenua, encantadoramente animada por todas las inquietudes y todos los ensueños que nos turban á los hombres. A través de las palabras de lindos chiquillos, entremezcladas con las voces de los animales, de los árboles y de las cosas, pues todo tiene boca en la fascinadora escena, se oye el eco de las verdades inmutables. Maeterlinck nos llama al buen juicio, de una manera primorosamente poética. Nos recuerda que la verdadera dicha está en nosotros, que la vida más modesta puede llenarse de innumerables y exquisitas pequeñas felicidades, que «siempre es domingo en cada casa cuando se abren bien los ojos».

La Luz, «que decididamente se ha puestodel lado del Hombre»; la Luz, que hace comprender el lenguaje del Perro y el del Gato y cuanto dicen los Arboles, el Fuego, el Agua, el Pan, la Leche y el Azúcar; la Luz, que hace ver la

verdadera cara de las que creemos felicidades (Fleicidad-de-ser-rico, etc.) y permite descubrir las Dichas ciertas (la Dicha-de-estar-alentado, la Dicha-de-amar, la Dicha-del-cielo-azul, la Dicha-de-ser-justo, etc.); la Luz, que muestra los lazos que unen entre sí las diversas generaciones y cómo el Presente es hijo del Pasado y padre del Porvenir; la Luz, «que habla en cada rayo de luna que se esparce, en cada estrella que sonríe, en cada aurora que nace, en cada lámpara que se enciende, en cada pensamiento bueno y claro»; la Luz acompaña á Tylyl y Mytyl, los niños del leñador. Tomemos dos ó tres pasajes, á la suerte:

Acto III, Cuadro 4º — Llegan al Palacio de la Noche. La Noche los recibe con disgusto. Ella no comprende por qué el Hombre no le deja ya un minuto de reposo, después de haberle robado la 3ª parte de sus Misterios y haber asustado á sus Terrores y haber puesto en fuga á sus Espantos y enfermado á casi todas sus Enfermedades. Tylyl entreabre apenas las puertas de las diversas cavernas donde están todos los Males, todas las Plagas, todas las Catástrofes, todos los Secretos que afligen la vida desde el principio del mundo; pero la Noche le hace cerrar cada puerta con presteza y aun le prohíbe cariñosamente acercarse á la puerta del fondo, la puerta aquella «que nadie ha logrado abrir, ni el tanto de un cabello, sin perder para siempre la vida á la luz del día»... «Porque cuanto es dable imaginar de espantoso, de terrible y de horrible en la tierra, es nada en comparación del menor de los horrores que asaltan al hombre cuyo ojo roza siquiera las primeras amenazas del abismo al cual nadie se ha atrevido á dar un nombre.» Sólo una puerta es lícito abrir de par en par... Y aparecen las Estrellas, que se agrupan y desfilan en rondas deslumbradoras, mientras los Perfumes de la Noche, las Luciérnagas, el Rocío Transpa-

rente y el Canto del Ruiseñor inundan el Palacio.

Acto IV, Cuadros 6º y 7º—Llegan Tylyl y Mytyl al Cementerio. La Luz se queda afuera. La Luz no quiere penetrar todavía donde están los muertos. Entran los chiquillos. El Cementerio es de campo y hace Luna. No se ven los muertos. No se les oye tampoco. Los muertos no hablan, «porque no tienen nada que decir.» Suenan las doce, el momento único en que se muestran los muertos: una florescencia vaporosa escapa de las tumbas y poco á poco va transformándose el capo santo en un jardín nupcial. Las flores, las hojas, las abejas, el viento, los pájaros, se despiertan y llenan el espacio con sus himnos al sol y á la vida. Mientras tanto los niños buscan los muertos en la hierba... «¿Dónde están los muertos? Oh! ¡No hay muertos!»

Acto IV, Cuadro 9º—Están en el Jardín de las Felicidades. Todos los Placeres y las Alegrías de la infancia y de la adolescencia, todos los Gozos de la humanidad, radiosamente encarnados, figuran en incomparable visión... El Amor Maternal, más refulgente que todos, reconoce á los niños y corre á agasajarlos. Ellos, creen ver á la mamá; pero les maravillan su semblante y su traje. ¡Qué espléndida riqueza! «¿Es plata? ¿Son perlas?»—«No, responde el Amor Maternal, son besos, son miradas y caricias... Cada beso que se da añade un rayo de luna ó de sol... Este ha sido siempre mi vestido; pero no se le podía ver con los ojos cerrados... Todas las madres son ricas cuando aman á sus hijos... No hay pobres, no hay feas, no hay viejas... Su Amor es siempre la más bella de las Alegrías... Cuando ellas parecen tristes, basta un beso que reciban ó que den, para que todas sus lágrimas se conviertan en estrellas en el fondo de sus ojos... ¿Que este es el Cielo? El Cielo está en donde quiera que una madre y un hijo se abrazan... No hay dos madres. Cada niño no tiene más que una madre y ella es siempre la misma y la mejor: todo está en saberla conocer.»

**La alta cultura militar en Francia.**—Tomamos las siguientes líneas de la exposición de motivos del proyecto de ley del ilustre socialista Jaurés sobre una nueva organización del ejército en Francia:

«A fin de que los oficiales estén en fácil comunicación con la democracia, conviene acabar con el régimen á la vez aristocrático y claustral de las escuelas especiales militares. Es en las universidades donde deberá darse en adelante la alta enseñanza militar. Los oficiales serán educados en los mismos centros de estudios que los juristas, los químicos, los ingenieros, los médicos y los profesores».

**Pragmatismo.**—*The Principles of Pragmatism*, por H. H. Bawden (Boston, 1910), es una obra que muestra la interpretación filosófica de la experiencia. Peirce, en 1878, formuló por vez primera la teoría filosófica conocida con el nombre de pragmatismo. Esta teoría es un producto característico de la civilización anglo-sajona; es la introducción del espíritu democrático en el dominio de la metafísica: es la filosofía del trabajo. El pragmatismo trata de poner la verdad al servicio del hombre y quiere que la filosofía se apoye, como las ciencias exactas, en experimentos precisos, partiendo de la vida diaria para llegar á los grandes problemas de la metafísica. Es la reacción contra las especulaciones vacías sobre lo infinito, lo absoluto y lo eterno.

**La falda-pantalón.**—La estética, la moral y la higiene caminan agarradas de las manos. Lo sano es siempre bueno y es siempre bello.—Condenadas ya, casi unánimemente, las *enaguas-trabas*, se nos pregunta ¿qué se piensa entre los intelectuales acerca de la falda-pantalón? La indagación del *New-York Herald* y la de *Excelsior* son conocidas: los pareceres fueron en general escépticos, pero sin intransigencia. Después, las opiniones se han manifestado cada vez más favorables á la nueva moda, que no tiene trazas de generalizarse. La falda-pantalón, tipo oriental, no parece desagradar ni á los artistas ni á los moralistas ó higienistas.